



## LOS ONCE AMORES NUEVOS

QUE TUVO UN ESTUDIANTE EN SALAMANCA.

Atencion, nobles amigos  
y leales camaradas,  
todo guapo enamorado  
ponga oído á mis palabras.  
Yo soy aquel que presume,  
por quien la historia se canta,  
de los once amores nuevos,  
sin firmeza ni palabra;  
y sin referir mi nombre  
diré mi tierra y mi patria.  
Soy de una gran ciudad,  
que es el laurel y la palma  
en el universo mundo,  
por antigua, letras y armas;  
es su título de Arcos,  
noble, rica y celebrada.  
Nací, como he referido,  
en esta lucida patria,  
primavera de mis años,  
á enamorar comenzaba,

y en cualquiera regocijo  
tenia la puerta franca;  
componia dos mil versos  
á las doncellas y damas;  
unas me lo agradecian,  
y otras me regalaban.  
Quise casarme á este tiempo,  
y por ser las novias tantas  
me pareció mejor medio  
el partirme á Salamanca  
á estudiar para buscar  
mujer que no tenga falta.  
Puse en venta mis haberes,  
y reducidos á plata,  
me dirigí con cien pesos  
á la noble Salamanca.  
Llegué á esta ciudad famosa,  
y embelesado en mirarla,  
tanto mancebo estudiante  
argumentando en las plazas,



súmulas, lógica y leyes  
y la teología sacra.  
Salió á recibirme al punto  
un maestro de gran fama  
y despues de saludarme,  
me ha preguntado qué causa  
era la de mi venida,  
si para estudiar en gracia  
de Dios y en servicio suyo,  
que se alegraba en el alma.  
Le dije: señor doctor,  
no merézeo dicha tanta,  
que mi deseo es buscar  
mujer que no tenga falta.  
Se comenzó á santiguar,  
y me dijo estas palabras:  
mire bien lo que me ha dicho,  
que esa es mucha arrogancia;  
solo la Virgen Maria  
pudo haber sin tener tacha.  
Mas yo le dije: no obstante,  
si mis razones no enfadan  
yo quiero mujer hermosa,  
discreta, airosa y gallarda,  
lindos ojos, buena boca,  
blanca, dispuesta y bizarra,  
que sepa hacer mil primores,  
y que tenga dos mil gracias.  
Que no sea ventanera,  
melindrosa ni profana,  
ni que nadie la aborrezca,  
que no sea desgraciada.  
Atento estuvo el maestro,  
y con muy suaves palabras,  
me respondió estas razones  
con una alegría extraña:  
quien tan buen estudio tiene,  
¿á qué viene á Salamanca?  
—Señor, que las esperiencias  
son las que ahora me faltan.  
Me puso un libro en la mano  
con eslabones de plata,  
de todas las condiciones  
que en el mundo son criadas.  
Estudié catorce meses  
lo que yo mas deseaba,  
el conocer las mujeres  
solamente con miraras.

Me despedí del maestro,  
para volver á mi patria,  
y buscar por sus provincias  
mujer de virtudes tantas.  
En poco mas de dos meses  
llegué á Córdoba la llana,  
me acomodé á mayordomo  
en una principal casa,  
me trataron de casar  
con una moza de sala,  
linda como las estrellas;  
dándola al pronto palabra,  
me aproveché de mi estudio;  
la deseché por dos faltas:  
que es lo que mas aborrezco:  
por floja y poco aseada.  
Desde allí me fui á Sevilla  
me han dicho es tierra larga;  
me enamoré de una niña  
por la música de un arpa:  
y despues que la rendí  
con favores y alabanzas,  
la desprecié por muy viva,  
melindrosa y remilgada.  
Pasé á la villa de Utrera,  
aquí no hice posada  
porque vi muy malos pelos,  
y pocas de buenas caras.  
Pasé á la villa de Bornos,  
aquí si que hay buenas damas:  
me acomodé luego al punto  
con una moza hortelana:  
me aceptaron para yerno  
y yo que lo deseaba;  
mas mirando yo mi libro,  
y á la doncella la cara,  
conoci que era fregona  
y mal acondicionada,  
amiga de cuentezuelos  
y de andar siempre descalza;  
y sin despedirme de ella  
traspuse sin cobrar blanca.  
Me fui á Moron y no hallé  
cosa que á mi me agradara:  
desde allí me pasé á Osuna;  
de comer pan de cebada  
están todas amarillas,  
descoloridas y flacas.



Pasé á la villa de Lora,  
 salpiqué al Genil las aguas,  
 y vi un rico lavadero  
 de doncellas agraciadas,  
 de soles, lunas, luceros,  
 hasta la rodilla el agua;  
 las fui reparando á todas,  
 por ver si alguna me agrada;  
 por fin me enamoró una,  
 con estar de media gala;  
 trabamos conservacion,  
 entremetiendo palabras,  
 hasta que vino á decirme  
 que la llevase á la rauta;  
 lo hice de mil primores,  
 hasta llegar á su casa.  
 Registréla con la vista  
 la vi tan á la toscana,  
 que se me quitó el amor,  
 se me cayeron las alas  
 del corazon, y partíme,  
 no parando hasta Granada.  
 Yendo á ver una comedia  
 que entonces representaban,  
 vi andar seis damas juntas  
 obligándome á la paga.  
 Ellas no lo agradecieron;  
 y yo con mi media espada  
 las aguardé á la salida  
 adonde primero estaba.  
 Me hicieron seña que fuese  
 siguiéndolas las pisadas;  
 llegamos á la Carrera,  
 cada cual se fué á su casa.  
 Pero como yo tenia  
 echada ya la atalaya,  
 casa de la mas bonita  
 llegué con achaque de agua;  
 me sacaron una silla,  
 me hicieron que me sentara,  
 hasta una vieja, su madre,  
 muy agraciada y muy franca.  
 Miré todos los rincones,  
 cuando me vi sobre un arca,  
 tapado con un pañuelo  
 un bonete y dos sandalias;  
 me asombré y salí huyendo,  
 que por tanto no parara

si no diera en Antequera,  
 ciudad populosa y larga.  
 Allí me estuve tres meses,  
 requebrando á una zagala,  
 que era un diamante en aseó,  
 una diosa en semejanza.  
 La pedí y el sí me dieron;  
 y por la primera entrada  
 la di un doblon para guantes,  
 y en menos de una semana  
 en dulces y arreboletas  
 no me quedó ni una blanca.  
 Aquesta por ser golosa  
 la dejé estando otorgada.  
 Fui á Alcalá de los Gazules,  
 adonde con una dama,  
 por tener los cabos negros  
 me fui, y la dejé burlada.  
 Pasé á Medina-Sidonia,  
 y aquí no hice parada,  
 porque vi en lugar corto  
 mucha gente de setana.  
 Pasé á la ciudad de Cádiz,  
 lo mejor que el cielo tapa,  
 tuve amor á una francesa  
 blanca, rubia y colorada,  
 que se casara conmigo  
 si la vida no le falta;  
 me dió un abrazo en memoria  
 de sus firmes esperanzas.  
 Caminé al embarcadero,  
 me embarqué con vigilancia  
 para este Puerto famoso  
 de Santa María mapa.  
 Andándome paseando  
 ví al balcon muy asomada  
 una extranjera, que Venus  
 se admira, y no se adelanta,  
 ni mis dos ojos pudieron  
 hallar en mi libro nada.  
 La dije: blanca azucena,  
 lucero de la mañana,  
 fresco Paraíso hermoso,  
 pincel que á Maltea esmalta;  
 quisiera en esta ocasion  
 ser un príncipe ó monarca,  
 solamente por servirte  
 y dejarte coronada



por reina de las mujeres  
y princesa de las damas;  
en mí tendrás un esclavo.  
Ha respondido con gracia:  
todas aquestas finezas  
me obligan, mas no me agradan;  
voluntad es la que estimo,  
que yo soy la venerada,  
y así, para ser mi esposo  
no me bastan las palabras.  
Entre los dos concertamos  
que una noche la sacara;  
se despidió muy alegre,  
y á otro día de mañana  
saqué un corte de vestido  
para la ocasion trázada,  
se lo llevé que lo hiciese,  
pero como agena estaba  
de la labor, nunca pudo,  
y solo por esta causa  
la dejé, y me fui aburrido,  
perdidás las esperanzas  
de no casarme en mi vida,  
sino ir á sentar plaza  
y acabar siendo soldado  
la vida que me faltaba.  
Fuí á Jerez de la Frontera  
donde un capitán estaba,  
y me alisté en sus banderas  
soldado para ir á Italia.  
Apenas entré en el lance  
llegó una mujer tapada  
á pedirme una limosna,  
y alargué la mano á darla:  
llegó el alguacil mayor  
y un ministro en su compañía,  
me dijo: señor mancebo,  
¿qué hace aquí con esa dama?  
Ella dijo: es mi marido:  
y solo por esta causa

me llevaron á la cárcel,  
me entraron en una sala,  
me cargaron de prisiones,  
hasta que di palabra  
me casaría con ella,  
mas de fuerza que de gana.  
Me casaron como un bruto,  
y por no verla la cara  
me ponía unos anteojos,  
con la pared me abrazaba,  
haciendo oración y ayunos  
porque Dios se la llevara.  
Salí un día á divertirme,  
y vine á las doce dadas,  
la hallé echada y durmiendo,  
y como enojado estaba,  
cogí una vara de fresno,  
la baqueteé la lana  
con tan buen baile de cuenta  
que la dejé coja y manca,  
ella, que es tuerta y tiñosa,  
quedó como una fantasma.  
Salíme aburrido al campo,  
y á otro día de mañana  
vine á ver si había muerto,  
no se me apeste la casa,  
y la hallé con un galán  
compuesta y aderezada.  
La maté, Dios la perdone,  
mujer que ha sido tan mala.  
Cen que me volví á Areos  
sin cuartos, mujer ni blanca.  
Y si acaso algún galán  
quisiere mujer sin falta,  
le venderé este librito  
que traje de Salamanca,  
que en el sobre-escrito tiene:  
«Destierro de la ignorancia;  
solo la Virgen María  
pudo haber sin tener mancha.»

FIN.

MADRID.—1873.

Despacho de Marés y Compañía, calle de Juanelo, núm. 19.

Ayuntamiento de Madrid